
RETOS CREATIVOS EN LAS PSICOTERAPIAS CON NIÑOS Y ADOLESCENTES ADOPTADOS*

CREATIVE CHALLENGES IN PSYCHOTHERAPIES WITH ADOPTED CHILDREN AND ADOLESCENTS

Alicia Monserrat Femenia** y Mayte Muñoz Guillén***

RESUMEN

El artículo trata de una puesta al día de algunas conceptualizaciones sobre la adopción, tomando en cuenta los aportes actuales y los importantes cambios que se han ido sucediendo en el campo de la adopción.

Se revisan conceptos tales como *abandono*, *parentalidad* y *familia*, tomando en consideración reflexiones de algunos psicoanalistas sobre el contexto actual y los valores vigentes, y se trabajan las vivencias de desarraigo y la herida narcisista que acarrea el no poder crecer en la familia de origen.

Se busca realizar un aporte a la construcción de una nueva cultura de la adopción en la especificidad de la psicoterapia, integrando recursos que engloben espacios diversos según el grado de sufrimiento que se detecte en la demanda del niño y/o adolescente.

Se presenta a través del conflicto, la elaboración de la necesidad de conjugar la voluntad integradora del análisis de una realidad siempre compleja, para enlazar las necesidades-deseos, acompañada del placer de pensar, de interrogar-se, de analizar-se, en un trabajo de apropiación y de elaboración fantasmática de la propia historia que conferiría a ésta, figurabilidad y una posible representabilidad psíquica.

Palabras clave: Adopción, Psicoterapia Psicoanalítica, Parentalidad, Nuevos retos

ABSTRACT

The article it is an update of some conceptualizations on adoption, taking into account the current contributions and the important changes that have been taking place in the field of adoption.

Concepts such as abandonment, parenting and family are reviewed, taking into consideration the reflections of some psychoanalysts on the current context and current values, and the experiences of uprooting and the narcissistic wound that leads to not being able to grow in the family of origin.

It seeks to make a contribution to the construction of a new culture of adoption in psychotherapy, integrating resources that encompass different spaces according to the degree of suffering that is detected in the demand of the child and / or adolescent.

Through the conflict, the elaboration of the need to combine the integrative will of the analysis of a complex reality, to link the needs and desires, accompanied by the pleasure of thinking, of interrogating, of analyzing, in a process of appropriation and phantasmatic elaboration

* Ponencia presentada en el XXVIII Congreso Nacional de SEPYPNA que bajo el título "La técnica en psicoterapia en sus diversas aplicaciones" tuvo lugar en Burlada (Navarra) los días 15 y 16 de abril de 2016. Acreditada por la Comisión de Formación Continuada de las profesiones Sanitarias de Navarra.

** Psicóloga clínica. Miembro titular con función Didacta de la APM (IPA) con acreditación de la IPA de analista de Niños y Adolescentes, Miembro del Turno de Intervención Profesional para Adopción Internacional (TIP-AI).

*** Psicóloga clínica. Miembro del Instituto de la APM, Miembro del Turno de Intervención Profesional para Adopción Internacional (TIP-AI). e-mail: mtmunoz@cop.es

of own history that would give to it figurability and a possible psychic representation.

Key words: Adoption, Psychoanalytic Psychotherapy, Parenting, New challenges

Si bien es cierto que la opción de vida en pareja, descartando voluntariamente la procreación, es cada vez más frecuente, también lo es que el anhelo de ser padre o madre, es decir, una forma de parentalidad, sigue estando fuertemente anclado en la naturaleza humana; y construir una familia, se ha presentado siempre y en cualquier sociedad como proyecto afectivo de vida compartida y también como proyecto social. Proyecto no exento probablemente de un cierto regusto narcisista de trascendencia. Los hijos, como continuidad y prolongación de una estirpe, pueden alimentar la fantasía de permanencia más allá del inexorable destino que a todo ser vivo aguarda. Los hijos, depositarios de una herencia que no deseamos que muera con nosotros, ya que nos produce satisfacción, sentimos agentes activos de la continuidad de la especie.

El logro de proyectos investidos como respuesta a parámetros sociales de bienestar y sentimiento de completud, acrecientan en ocasiones la demanda de la vía por la que conseguir ese objetivo, percibido como culmen del deseo. Los ideales de felicidad que son inherentes y forman parte de toda cultura, se presentan a veces sustituidos por la urgencia de la inmediatez.

Actualmente no se tiende a evaluar si las motivaciones para adoptar son válidas o no, sino que sobre todo se tiende a estudiar la posibilidad de los adultos de construir parentalidad: su capacidad de proporcionar cuidados; de constituirse en figuras de apego confiables que puedan brindar un ambiente facilitador que permita que el individuo logre desarrollar su potencial, y que puedan ser padres aceptando la historia del hijo previa a la adopción y manteniendo lealtad a sus orígenes, respetando el derecho del hijo a su identidad, a ser él mismo.

Uno de los criterios establecidos por la ley es hacer lo posible para que el niño o adolescente crezca en su familia de origen. Por constituir un cambio de filiación definitiva y por el dolor que implica el corte en la cadena generacional es por lo que la adopción es concebida como un último recurso. No poder crecer en la familia de origen promueve sentimientos de abandono y una importante herida narcisista.

NUEVOS RETOS FAMILIARES

En los tiempos que corren, la familia ha ido adquiriendo otras dimensiones, y al tiempo que su protagonismo parece disminuir al diluirse en multitud de confrontaciones ante las nuevas demandas que se proyectan sobre ella, surgen nuevos “modelos” para dar respuesta a acontecimientos que perfilan nuevos horizontes por definir. En la medida que el modelo tradicional de familia convive con otros modelos familiares, se generó la necesidad de replantearse conceptos tales como el de familia y aun el de maternidad/paternidad. Las modificaciones que se fueron realizando apuntaron a atender los cambios sociales y culturales que se vienen observando.

La posibilidad de la adopción por homosexuales fue uno de ellos. Generó una importante polémica a nivel parlamentario, en los medios de comunicación y en la opinión pública mostrando que en algunos casos la ley se ha anticipado a la demanda social real. Leticia Gloser Fiorini (2007) plantea que no se debería hablar de homosexualidad en bloque. Sostiene que *«desde los actos homosexuales ocasionales, pasando por las homosexualidades en las neurosis, hasta las homosexualidades en estructuras clínicas perversas y psicóticas, se despliega una gran heterogeneidad»*.

Hoy, cuando hablamos de nuevas formas de familia, no podemos dejar de lado la incidencia que están teniendo determinados cambios socio-económicos, científicos y culturales en la dinámica familiar y también en todo lo relativo a la crianza de los hijos con las modificaciones legales consiguientes. Se ha hecho necesario crear nuevos términos para denominar a nuevos conceptos que emergen de nuevas “formas de convivencia” o “formas de vida familiar”. Estos nuevos conceptos dan cabida a posiciones de parentalidad, estructuradas como opciones de establecimiento de vínculos familiares, que se organizan en torno a cimentar elementos afectivos que posibilitan el acceso al encuentro del deseo compartido de vinculación familiar en un entorno que puede ir más allá de la concepción del núcleo familiar tradicional.

Se ha pasado de un modelo de familia nuclear tradicional, a otros múltiples modelos, ligados a valores post-modernos, inmersos en una sociedad de consumo, de pretendido bienestar y de búsqueda de “zonas de confort” según expresión del sociólogo Zygmunt Bauman.

¿YO IDEAL O IDEAL DEL YO?

Pero no siempre es posible la alianza con la biología para conformar la familia, por lo que, en ocasiones, esta configuración familiar se regula por una vía externa, que además del componente afectivo, tiene también un fuerte componente social. Hablamos de la familia adoptiva, aquella en la que unos padres sustitutos son los que pueden ofrecer al menor abandonado y desasistido la función parental cuando los padres biológicos no la han podido ejercer ellos mismos como tales, tomando de esta manera los padres adoptivos el relevo de la pareja originaria, lo que hace que haya una ruptura en la continuidad de la cadena generacional y una inclusión en otra biológicamente ajena. En el imaginario del hijo adoptado, va a haber siempre una doble pareja de padres, una superposición de parejas y tendrá que elaborar una doble renuncia, siendo espectador excluido de dos escenas primarias.

Desde el comienzo de lo que será el largo proceso de adopción del hijo, se entra en contacto con el binomio satisfacción/sufrimiento; bienestar/malestar. Los futuros padres fantasean con ser familia en toda su plenitud (*satisfacción/bienestar*), pero para ello tienen que atravesar la frustración que produce el *sufrimiento/malestar* de elaborar el duelo por el hijo biológico deseado y no tenido. Situación que puede hacerse muy difícil, dada la lógica social imperante que propone que está en nuestras manos el control absoluto de nuestras vidas y que podemos desterrar del horizonte cualquier sufrimiento (*castración*) que importune la consecución del objetivo máximo: la felicidad. Objetivo legítimo, por otra parte, si no fuera porque parece haberse constituido en un derecho que la sociedad está obligada a proporcionar a todos y cada uno de los sujetos.

El sufrimiento/malestar si no es devastador y autodestructivo, es parte de la existencia humana y como tal se debe aceptar y elaborar, lejos de propuestas encuadradas en teorías psicológicas que partiendo de un optimismo vital, lo patologizan, puesto que según ese prisma, el éxito o el fracaso dependen exclusivamente de uno mismo y no del azar o de las circunstancias vitales, produciendo por tanto una victimización del que fracasa o del que sufre, haciendo recaer las culpas sobre uno mismo. Ser feliz y disfrutar de grandes dosis de bienestar se impone casi como una obligación, aunque nos parece más auténtico y cierto como dice S. Bleichmar: *“la insatisfacción/malestar es constante aún para quienes tienen acceso a bienes de consumo y un estándar de vida*

supuestamente satisfactorio”. Ella lo definió como el *“malestar sobrante”*.

O como dice el sociólogo francés Gilles Lipovetsky *“El derecho a la felicidad se ha transformado así en imperativo eufórico que crea vergüenza o malestar entre quienes se sienten excluidos de ella. El culto al bienestar conduce, paradójicamente, a que los individuos sean más sensibles al sufrimiento y en la época en que reina la “felicidad despótica”, los individuos ya no se limitan a ser desdichados, ahora se sienten culpables por no sentirse bien”* (*La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*).

El mayor mandamiento de nuestro tiempo parece ser la persecución de la felicidad a toda costa, negando y renegando todos los aspectos de pérdida o duelo.

La consecución de la satisfacción del deseo, puede suponer una presión insoportable en la línea de lograr la exigencia que para uno mismo implica *“vivir positivamente”* descartando el sentimiento de frustración que puede generar, -en el caso que nos ocupa- el dolor de la infertilidad. F. Ansermet dice (Cuando la ciencia supera la realidad) que *“el deseo tiene tendencia a convertirse hoy en día en un derecho, y este derecho puede volverse incluso una obligación que el sujeto se impone, un deseo a toda costa que puede superar lo que es deseado”*.

El mandato social de instauración de un pensamiento positivo y poderoso que aleja de la consciencia toda presencia emocional de límite al deseo, todo elemento de displacer, todo contacto con la falta, la carencia, lo inabordable con los propios y limitados recursos, etc... nos hace preguntarnos si esto no está en estrecha relación con la *“epidemia”* de narcisismo actual, que trata de instalar su *“credo optimista”*; el propio M. Seligman, teórico de la Psicología Positiva dice que *“quizá sacrificando un poco de realismo”*.

Cabe suponer que se trata del realismo necesario para poder entender la adopción como un encuentro entre padres e hijos, sí; pero también se trata de un encuentro entre dos duelos.

DUELO COMPARTIDO

El duelo de los padres: porque la impronta biológica no posibilitó la procreación, y la pareja a través de su infertilidad tiene que entrar en contacto con la pérdida de lo no tenido. No ser productivos, biológicamente hablando, puede lesionar el narcisismo femenino cuando la mujer siente que no da la talla en su función de ser

madre y transmisora de vida; también el narcisismo masculino, cuando va asociado a pre-juicios sociales que mezclan confusamente fertilidad y virilidad. Hablamos en definitiva del sentimiento de castración, que no es patrimonio de parejas adoptantes, pero que adquiere rango específico en ellas. Se trata de renunciar a la parentalidad inscrita en el código biológico tratando de encontrar una nueva forma de vinculación familiar con lazos que no son de sangre.

Por otro lado está el duelo del niño, que trae tras de sí, una historia de rechazo y abandono porque su vida comenzó con una separación/pérdida. El niño adoptado es una conjunción de un “deseo” de sus padres adoptivos con un “no deseo” de los biológicos. En la mayoría de las adopciones se entrecruzan las historias de unos padres que desearon serlo mediante el engendramiento de un hijo y la de unos progenitores que rechazaron su condición de padres. Ambas historias convergen en la persona de un niño para el que no ha habido lugar en el espacio psíquico de la madre biológica.

“La adopción le ha salvado la vida, pero no ha podido salvarle de la tragedia derivada de las condiciones de su nacimiento” (León Grinberg).

CONSTRUCCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD

El niño –adoptado o no- no nace sujeto, sino que se constituye como tal a través del encuentro con el objeto de amor que le da las pautas de construcción de su subjetividad.

En las fases tempranas de la vida, todo niño necesita la presencia y el contacto de un “objeto” humano que pueda contener las emergencias pulsionales y organizar las funciones mentales y psíquicas, sin las cuales no es posible lograr el proceso de humanización. El niño adoptado, en los comienzos de su vida, probablemente no ha podido disponer de esa relación integradora del desorden pulsional, seguramente no ha podido disponer de una “segunda piel” concepto desarrollado por E. Bick* que señala que la piel del bebé y sus objetos primarios constituyen factores de cohesión de las partes del Yo que en esos momentos precoces de la vida se vivencian desunidas, carentes de una fuerza que pueda unificarlas. El objeto externo que se introyecta, es decir, se construye en un espacio interno, es el factor que cubre

la función de contener las ansiedades catastróficas. El pezón en la boca del bebé, sostenido por los brazos de la madre, es el objeto óptimo para iniciar la relación primaria que hace funciones de piel -segunda piel- que refuerza, aglutina y cohesiona. No es habitual que los niños entregados en adopción hayan podido disponer de ella.

En el caso del bebé que es entregado para la adopción, se traslada la vinculación objetal a otra u otras figuras que habitualmente no pueden investir el cuerpo del bebé de los elementos necesarios para la contención de su pulsionalidad.

Será la madre adoptiva la que tenga que propiciar el encuentro entre las angustias de desintegración y fragmentación del niño y por lo tanto desligadas, y su capacidad de “reverie” que le proporcione las herramientas para metabolizar esas angustias y devolvérselas transformadas en pensamientos ligados a su investidura amorosa. Será la madre adoptiva la que funcione como la piel continente o “segunda piel”.

Los padres adoptivos pueden aspirar a ser para sus hijos esa “segunda piel” que no tuvieron y restaurar el concepto de un sí mismo dañado en una difícil y lenta tarea que requiere grandes dosis de tolerancia a la frustración para poder soportar las identificaciones proyectivas que el niño depositará sobre ellos.

Los padres adoptivos serán los encargados de reparar la herida primaria que la experiencia de abandono ha producido, herida asociada a la desconfianza en la continuidad de los vínculos, toda vez que en la historia del niño, previa a la adopción, es frecuente la experiencia de vínculos fragmentados (instituciones...cuidadores... familias de acogida temporal...)

Proponemos que la adopción es un encuentro entre dos realidades subjetivas en búsqueda de un bien-estar, que se impone de una necesidad debida al desvalimiento. No es un derecho subjetivo de las personas, es una forma de parentalidad ligada a ser medida de protección a la infancia, que tiene como finalidad ofrecer a un niño sin familia que se encuentra en situación de abandono y desamparo, un marco familiar considerado favorable para su desarrollo, donde pueda vincularse afectiva y emocionalmente dando sentimientos de hijo a quien no los tenía y, recíprocamente, también de padre/madre.

Silvia Bleichmar (2007) recogiendo lo apuntado

* “La experiencia de la piel en las relaciones de objeto tempranas”

** Comunicación en Congreso de SEPYPNA

por Ferenzci en *Confusión de lenguas* (1932) plantea también que lo que determinaría la subjetividad sería la asimetría adulto-niño, y en especial «*la prohibición de la apropiación del cuerpo del niño como lugar de goce del adulto*». Ella insiste en que esta asimetría es constitutiva y el riesgo estaría en «*la parasitación simbólica*» que el adulto puede ejercer sobre el niño. Este riesgo podría darse tanto en padres biológicos como adoptivos, sean estos hetero u homosexuales.

PARENTALIDAD

Ser padre o madre por la vía de la adopción, incluye un “plus” de trabajo vincular para la nueva familia, porque además de que el hijo es fruto de la relación sexual de otra pareja fértil, en el caso de la Adopción Internacional el hecho de provenir de otro país, grupo étnico, otro idioma, color de piel...etc, imprime características propias. En la Adopción Internacional, específicamente, no debe quedar fuera de consideración todo el peso de lo inter y lo trans-cultural (*M. R. Moro*)**. Además, hay que tener presente que en la adopción el niño ha sufrido un abandono real por parte de los progenitores y que las fantasías filicidas han podido, incluso, ser actuadas.

El trabajo de esta forma de parentalidad que viene definida por el deseo de ser familia adoptiva, no sólo tiene que ir en la línea de ayudar a configurar la nueva identidad del hijo, incluyéndole en un linaje de filiación familiar, sino que los “nuevos padres” habrán de reparar –en la medida de lo posible- la herida primaria que la experiencia de abandono ha producido.

Las construcciones imaginarias generadas en torno a cómo será el futuro hijo, quedan acotadas ante la presencia real con sus propias y específicas características físicas. Es el primer encuentro, el momento de acoger en los brazos reales al niño, también real, con el que se ha fantaseado tanto y ha ocupado tanto espacio mental y afectivo en la vida de los padres adoptivos, pero cuya presencia cierta y real no ha dependido de ellos (a diferencia de la paternidad biológica) sino de toda una serie de circunstancias, disposiciones y situaciones que fácilmente podrían considerarse ajenas al deseo de ser padres y que, sin embargo, encuadran y marcan dicho deseo.

Este proceso puede estar plagado de desencuentros porque en la adopción, se dan una serie de desuniones:

- desunión entre sexualidad y procreación cortocircuitando ese vínculo
- desunión entre filiación genética y filiación psíquica o social

- desunión entre origen y filiación. Los padres adoptivos deben construir su encuentro familiar gestionando el desencuentro de no haber sido actores de la escena originaria. El origen-engendramiento, es del orden de lo biológico y está anclado a lo corporal, la filiación es del orden simbólico y sus referencias son con la cultura y la sociedad.

No es aventurado pensar que en el psiquismo infantil del niño adoptado, las fantasías inconscientes sobre la escena primaria se desenvuelvan con un mayor nivel de complejidad. La familia adoptiva, se tiene que nombrar como tal, aceptando la diferencia con lo biológico en una nueva re-significación.

BIEN-ESTAR/DESEO

Si el *bien-estar* puede identificarse como la satisfacción de un deseo, cabe preguntarse en la adopción por la naturaleza de ese deseo ¿de dónde viene? ¿qué fuerza lo impulsa? Nos ha parecido de interés la lectura de Silvia Tubert señalando la diferencia entre deseo de hijo y deseo de maternidad y no hay que olvidar que uno de los elementos clave en la valoración psicológica de los padres adoptivos es tratar de conocer en profundidad la auténtica motivación que les mueve a adoptar. Qué gestión interna son capaces de tramitar sobre esta forma de parentalidad. Saber sobre su discurso latente más que sobre el manifiesto. Según esta autora, la diferencia entre deseo de hijo y deseo de maternidad es capital porque parte de niveles psíquicos de muy distinto grado de elaboración. El deseo de hijo sería el resultado de la constitución del Ideal del Yo, supone el reconocimiento de la castración y la triangulación y es por lo tanto objetual, y por lo tanto edípico, sin embargo, el deseo de maternidad vendría definido desde el Yo conformado a partir de identificaciones narcisistas primarias lo que le sitúa en el campo pre-edípico. Presentamos este planteamiento teórico a la discusión, que puede ser útil en el interrogante sobre deseo y bienestar, pero que no necesariamente compartimos si pensamos en la dificultad o incluso podemos decir, imposibilidad de disociar en el sujeto humano el orden narcisista del objetual.

INCÓGNITAS Y CERTEZAS

La incógnita sobre lo que el niño aporte desde su disposición hereditaria, aumenta en los padres adoptivos fantasmas relacionados con el origen del niño y es desde la incógnita, (con todo lo que puede conllevar de “mal-estar”) y no desde la certeza (asociada a “bien-estar”)

desde donde tendrán que ver, descifrar y entender el deseo. Los padres adoptivos pueden quedar atrapados así en una posición frágil que amenaza con romperse ante cualquier interpelación de los hijos tal como “*no eres mi verdadero padre...*” si no pueden asumir la diferencia entre paternidad biológica y adoptiva, dándose cuenta de que es esta última la verdadera, porque como decía el Dr. José Rallo “*los padres afectivos son los padres efectivos*”

RELATOS DESDE LA CLÍNICA

Jack y las habichuelas mágicas

Los padres de Lucas, que era un niño de seis años, consultan por la conducta oscilante de su hijo, que generaba un sentimiento en ellos de desconcierto e incompreensión sin saber a qué atenerse en el trato con su hijo. Tanto era un niño dócil, incluso retraído e inhibido como estallaba en accesos de cólera e irritabilidad con los que no sabían cómo manejarse, los padres se encontraban desbordados cuando Lucas mostraba su impulsividad y sus dificultades de autocontrol.

En el colegio presentaba numerosos problemas de conducta, su nivel de atención y de concentración para la realización de las tareas escolares era muy escaso -nulo, en ocasiones- lo que dificultaba enormemente su aprendizaje y creaba frecuentes problemas de convivencia con el grupo escolar. No tenía incorporada ninguna disciplina, lo que implicaba dificultad en el acatamiento de normas. En el trato con los otros niños, se mostraba agresivo, y lo era especialmente con las niñas.

Había sido adoptado con algo más de dos años y medio aproximadamente. Cuando Lucas llegó a la casa de sus padres proveniente de la institución donde había estado acogido, tuvo algunas conductas que hacían pensar en trastorno severo pre-psicótico, tales como autobalancesos, inexpresividad afectiva, etc... pero fueron remitiendo conforme se fue instalando el vínculo afectivo familiar y Lucas pudo empezar a integrar relaciones objetales continuadas y estables, a pesar de que el padre, debido a su profesión, debía pasar a veces largas temporadas fuera del hogar. La madre era profesional del campo de la salud y desde el primer momento inició una relación con su hijo no exenta de aspectos adhesivos y con rasgos simbióticos. Era una mujer afectuosa y cariñosa pero excesivamente apegada al niño porque, según decía, trataba de compensar las ausencias del padre y sobre todo las carencias que había padecido Lucas en los primeros momentos de su vida.

El vínculo de Lucas con su madre parecía ofrecer un

nivel de conflicto más alto que el que estableció con el padre a pesar de la discontinuidad de la presencia de éste.

Hay que destacar que una de las cuidadoras de la institución en la que estuvo acogido hasta que se produjo la adopción había establecido una relación cercana y cariñosa con el niño. Podría decirse que la cuidadora llevó a cabo con Lucas unas ciertas funciones de maternaje. De inmediato pensé que Lucas, no sólo había sido objeto de una separación y pérdida precoz (*madre biológica*) sino de dos (*cuidadora*) lo que suponía una situación traumática doblemente intensa. Así pues, parecía que Lucas tenía que elaborar un doble duelo.

Lucas había sido valorado en algunos gabinetes médicos y psicológicos, y aunque no había un diagnóstico claro, los profesionales que le habían visto, apuntaban a un posible TDAH. Los informes clínicos informaban de *déficit atencional, trastorno de conducta o dificultades conductuales, etc....* Había sido explorado también neurológicamente habiéndole hecho algún electro.

En mi primer encuentro con él, me encuentro con un niño desorganizado y actuador que realiza dibujos espontáneos también desorganizados y sin conexión entre los distintos elementos del dibujo (manchas de colores... círculos...garabatos...) quiere verlo todo, tocarlo todo y tengo que introducirle la presencia de límites porque él no parecía regirse por ninguno, así como las normas de “convivencia” entre él y yo para poder trabajar juntos.

Hace un dibujo de la familia de tres miembros, todos del mismo tamaño y con caras que más bien parecen gatos y en actitud como de enfrentamiento entre ellos.

Lucas comenzaba habitualmente las sesiones con una actitud ambivalente hacia mí, se lanzaba queriendo agredirme o romper algún objeto en actitud exigente, impaciente y/o repentinamente se abrazaba y quería darme besos. Dibujaba cabezas con un pelo que más parecían ondas eléctricas. Yo le decía que parece que me estaba queriendo mostrar “*cómo se siente, con cosas raras en la cabeza que a lo mejor le hacen sentir que no puede estar quieto*”.

En general, trataba de mostrarse desafiante, autoritario, más que proponer juegos cuyas reglas se saltaba a conveniencia, daba órdenes para que yo las cumpliera.

En las primeras sesiones me hace muchas preguntas personales, quiere saber si tengo hijos, padres, familia... y donde están y también si vienen más niños y a qué juegan conmigo. Le digo que quiere saber sobre cosas mías porque a lo mejor le resulta difícil saber sobre las suyas. Las primeras interpretaciones cuando preguntaba sobre otros niños eran en la línea de señalarle su deseo de

ser único para mí: *“bueno yo creo que tú, sí piensas en que vengan otros niños pero me parece que te gustaría que no, que sólo vinieras tú a jugar conmigo”* pasado un tiempo pensé que interpretar un deseo de exclusividad terapéutica conmigo podría reforzar el sentimiento opresivo que la madre de Lucas mantenía con él.

Un día me dice *“...la verdad es que tienes muchos muñecos...”* los alinea contando cuatro, yo le digo *“¿estás seguro?”*, se da cuenta de que son cinco y dice que 2 de ellos son payasos otros dos son albañiles, y el último, al que le ha puesto una corona, es un rey. Jugando con ellos, uno se desarma y se cae y dice que en su casa tiene un muñeco al que le pone una pistola y una escopeta y ese no se rompe como el de aquí.

“.... bueno, entonces me estás diciendo y quieres que yo sepa que en casa eres muy fuerte, que a veces haces lo que quieres como si fueras un rey, pero a veces también haces payasadas... y otras puedes hacer cosas buenas como los albañiles que arreglan y construyen casas... y si tengo muchos muñecos, piensas que también puedo jugar con otros niños, además en casa puedes jugar con tu papá cuando él está”. Se me hacía claro que era necesario tener muy presente la presencia masculina. Me lo estaba diciendo desde aspectos de su personalidad que parecían poder sustraerse a la invasión materna. Por otra parte, me preocupaba que Lucas pudiera registrar psíquicamente las ausencias de su padre como otro abandono.

En el material de la caja de juegos que utilizábamos había un pequeño libro de cuentos clásicos, de entre ellos Lucas me pedía que le leyera insistentemente el cuento de *“Jack y las habichuelas mágicas”*, se había quedado ligado emocionalmente a este cuento y hacía (es decir, se hacía) muchas preguntas sobre Jack (el personaje del cuento).

Jack vivía sólo con su madre en la clásica cabaña del bosque (*un entorno cerrado y aislado, metáfora de la relación de Lucas con su madre*) no hay presencia masculina (padre) hasta la aparición del anciano que le propone el cambio de la vaca (*animal suministrador de leche y de alguna manera un representante de la figura materna*) por las semillas de habichuelas. La madre de Jack le regaña severamente y se enfada con él por el cambio que ha hecho (*Jack se ha atrevido a transgredir el mandato materno y a aceptar algo proveniente de una figura masculina*). La fase fálica, simbolizada en la enorme planta de habichuelas que le entrega una figura masculina, sustituye a la oral simbolizada en la vaca que ya no da leche.

El simbolismo del lenguaje de los cuentos resulta ser también una vía regia al mundo interno, un recurso que permite expresar de forma sencilla la complejidad de las emociones humanas.

Llega un día a sesión con una flauta y quiere enseñarme algunas notas que ha aprendido a tocar *“¿sabes que dentro de poco es Navidad?” me dice “sí, claro tú también lo sabes ¿quién te lo ha dicho?”*

“...nadie, lo sé aquí...” dice tocándose la frente *“...y además, lo he soñado...”*

“.... ah, pues ¿por qué no me cuentas el sueño?...” pero me dice que esas cosas no se cuentan, está mal hacerlo y él es un guardia.

“...que bien, celebrar la Navidad con tu mamá y tu papá, pero por otra parte, a lo mejor te fastidia que como vamos a tener vacaciones y no vas a venir....”

“....ya está...te pongo una multa por decir eso, mira este es el pito del guardia (flauta)”

“...ah, y el guardia/Lucas siente que es muy fuerte... me castigas porque no voy a estar, yo me quedo castigada y tú tienes un pito/colita....”

“...la colita la tengo aquí” dice señalándose la zona del cuerpo.

A Lucas lo que más le impresionaba del cuento era el hecho de que las habichuelas crecieran desmesuradamente. El tronco de las habichuelas erecto era capaz de llegar hasta las nubes.

Gracias a esta cualidad, Jack vive una serie de aventuras que le permiten conseguir recursos para salir de la pobreza en la que vivía con la madre (en el caso de Lucas, se trataba de la pobreza relacional, propiciada por una actitud castrante inconsciente de la madre, que le hacía tener incluso algunas dificultades en la construcción y organización de su identidad masculina)

La construcción de la identidad es un proceso que empieza incluso antes del nacimiento, cuando ese bebé fantaseado está ya en la cabeza y el deseo de los padres, y sabemos que el vínculo interactivo con la madre en el contacto corporal es uno de los precursores de la identidad. Lo habitual en los niños adoptados es que ese vínculo haya sufrido cortes traumáticos que afectan a que el sentimiento de identidad haya podido quedar fracturado, en razón de ese traumatismo o herida narcisista inicial que ha supuesto el abandono, por lo que el proceso de organización e integración de la identidad se presenta más laborioso cuando tanto padres como hijos han de construirse como familia adoptiva con dificultades específicas añadidas.

Lucas se quedó con la parte del cuento que más

directamente interpelaba a su inconsciente. Estaba confundido, desorientado... las figuras femeninas que poblaban su mundo interno le habían abandonado (*madre biológica*) habían desaparecido de su entorno, -lo que no deja de ser otro abandono (*cuidadora en el orfanato*)- o le habían incluido en un deseo de fusionalidad mortífero con un avasallamiento sobreprotector (*madre adoptiva*).

La figura masculina se le presentaba demasiado ausente, dificultando la ruptura necesaria de la díada madre-hijo aunque me infundía cierta tranquilidad que en entrevistas que mantuve con los padres, el padre parecía ser capaz de transmitir que podía hacer función de tercero separando y triangularizando la relación familiar que obliga a salir de esa fusionalidad y permite entrar en la posición edípica, estructurando así la personalidad y organizando la identidad –en este caso, masculina- de Lucas.

Como a Jack con el Ogro, el cuento le ayudó a Lucas a enzarzarse en el conflicto edípico. Cuando Jack corta la planta de habichuelas, renunciando así a lo fálico-mágico, es que puede abrir el camino hacia su propia identidad masculina.

“Jack y las habichuelas mágicas” fue un instrumento terapéutico, en un primer momento inesperado pero que Lucas supo aprovechar muy bien. Jack acompañó a Lucas durante el tiempo que éste necesitó de su presencia, podría decirse que durante un tiempo prolongado, en la sesión éramos tres: Lucas, yo y Jack.

El adolescente R.

“Yo soy...yo he sido.... yo seré.....”

R. es un adolescente de 14 años en el momento de la consulta. En la actualidad tiene 18.

Lo recibí como paciente derivado de un servicio de atención de un equipo de reeducación para la Adolescencia. Había sido expulsado del establecimiento escolar por sus conductas desafiantes y su rendimiento escolar era muy bajo, consumía marihuana y alcohol y se lo identificaba con una banda-tribu, que causaban hechos delictivos y a la vez profesaban creencias como si fueran los elegidos.

R. entró a formar parte de los pacientes-adolescentes para orientar su conducta, concurría a actividades de orientación dictadas para prevenir su posible ingreso a un centro de menores de la Comunidad de Madrid para cumplir “condena por los delitos infligidos”, con mucha resistencia al principio, poco a poco comenzó a participar en los talleres y encontró también su propio espacio en el grupo terapéutico.

Por mi parte en mi consulta privada, trabajaba con él

dos veces por semana. Al año siguiente pudo reintegrarse al Colegio, previo trabajo realizado entre la orientadora del Colegio y el Equipo del Programa. Asimismo el padre, aceptó concurrir al Grupo de padres o familiares a cargo.

Vino a la consulta, traído por su padre después de un infortunado accidente de moto. Se había fugado de casa por una semana y había tenido -junto con otros dos “colegas”- un aparatoso accidente contra un coche aparcado.

Los padres de R. están separados y el padre tiene otra pareja desde la ruptura.

El padre, abogado de profesión, de 46 años, comentó que estaba muy preocupado por su hijo que se pasaba el tiempo subido a una moto, iba mal en el colegio y tenía una novia de 16 años, un “espanto” de niña, que era punk, aunque no era la única con la que mantenía una relación.

Desde los 11 años se fuga de la casa, y ha tenido participación en varios hechos delictivos con una tribu, de robos, destrozos de coches, ahora justificado porque son “elegidos”.

A causa del último, estuvo detenido en sede policial. Una brigada policial lo encontró en los alrededores de la casa familiar, ebrio y empastillado, con una pistola de juguete en su mano. “No se puede más con este chaval. La madre lo ha echado de la casa y quiere ingresarlo en un manicomio o dejarlo cargo de la comunidad de Madrid”.

El padre comenta que el hecho es grave emocionalmente para él, porque según R. el policía de la Comisaría le dijo que si él lo hubiera encontrado con la pistola lo hubiese matado.

R., no es consciente del peligro y lucha por causas “pérdidas”. ¿Pérdidas?, le pregunto. “Quiere cambiar el mundo porque no siguen el diseño planificado, y todo se pudre”.

Sigue hablando que a partir de ahí, R. vive con él y la nueva mujer, para quienes es una “verdadera carga”. Fue adoptado a la edad de seis meses.

Ha tenido en su historia curricular escolar participación en peleas en el Colegio, que dejaron como saldo, importantes destrozos en el aula. Ha sido expulsado del colegio en varias ocasiones.

Relata que la madre de R., fue la que lo embarcó para adoptar, aunque acabó por dejarla ya que hacía más de cuatro años que llegaba tarde del trabajo y se “dejaba” caer en el sillón, viendo la televisión, sin preocuparse de la atención de la casa y menos de los hijos.

Según el padre, para R. fue “traumática” la separación y él no lo comprende porque ya que piensa que R., no ha

tenido la verdadera dedicación de una madre.

En la primera cita R. vino acompañado por su padre y su hermano. Impresionaba su imagen física, pues aparentaba más de 14 años.

Hablaba sobre todo de lo mal que le trataba su madre, y dijo que él no quiere vivir con ninguno de sus padres, aunque ha determinado el juez que él tiene que vivir con su padre. Su madre lo rechaza, a tal punto que quiere devolver la custodia a la Comunidad de Madrid.

R. me dice que no quiere estudiar y sólo desea tener 18 años para marcharse a vivir fuera de su casa con su novia. Me preguntó qué podía hacer la analista para influir sobre sus padres, que ha venido porque no quería irse a vivir con su padre y apuntó que trataría con un abogado... esa era la solución hasta que tuviera 18 años. Agrega que no quiere que nadie sepa que viene a este “lugar para locos”. En ese momento le dije que si me preguntaba era porque no lo tenía claro, y le sugerí que sería necesario revisar la tensa relación con sus padres, porque a mi entender a él le estaban pasando cosas muy importantes.

R. dijo que no se sentía aliviado de venir aquí, el único motivo era que yo pudiera darle un informe para que los padres y los memos de los profesores y demás lo dejaran en paz. Que sentía decirme que los psicólogos son seres acomplexados y que atienden a sus clientes para sacarles las pasta, y el desconfiaba de todos ellos.

En resumen, los primeros encuentros versaron sobre el mal vínculo con su madre y la decisión de las autoridades que otorgaban la custodia al padre, esto ha producido y grandes discusiones y peleas entre ellos hasta llegar a las manos.

R. comenta que los conflictos con su madre surgen porque ella es una impostora, él no es ya pequeño y por tanto hace lo que le viene en gana porque él es mayor. La comunidad de Madrid tampoco es la solución, me dice. La solución es que me escuchen a mi todos esos gilipollas! Tengo las justas razones para hacer lo que hago.

Le dije en ese momento que tal vez él deseaba expresar aquí su situación, para comprender qué estaba viviendo..., responde “seguro que tu piensas en los cuentos de hadas, te llamas Alicia... ¿de qué país? no me dirás que te crees lo de las maravillas!!! Eres una sudaca apestosa”.

Me sentí una terapeuta en jaque.

Veo que R. tiene conductas de riesgo, se siente fracasado y me lo hace sentir en sus dardos proyectivos y en su desempeño en el mundo (ya sea a nivel escolar, social, amoroso).

R. es “incapaz de esperar” y me exige certidumbres, por una parte, y los padres por otra. se suma el contexto

del entorno.

La tensión creada en ese vínculo que comenzaba me hizo experimentar como si se estuviera en una embarcación sacudida por tormentosas olas y a la deriva. Me pregunté si en este espacio terapéutico ya se anunciaba una derrota antes de embarcarse y navegar.

En los siguientes encuentros R. en la casa paterna, se queja que su padre está no solo ocupado con el trabajo sino con esa “otra mujer” con la cual convive. La casa de su padre es una cárcel domiciliaria. Su padre actúa según él como un guardia civil. Pero él se escapa de noche para encontrarse con su banda y hacer su vida. Señalé que él parecía que como planteaba su situación de vida tenía una libertad condicionada...

Líneas a tejer en R. en este comienzo

R. significaba una pseudomadurez. Creía lograr de esta forma una adaptación social y tapar la sensación de haber sido engañado y traicionado por la intolerancia de sus padres.

Pensé que el estudio exhaustivo de R. debería ser encarado en su interrelación con el medio familiar y social.

En relación a las actuaciones violentas de R., una de las cuestiones a considerar es que lleva a la acción aquello que puede fantasear, una tendencia a pasar al acto sin reflexionar demasiado y que eso lo pone necesariamente en riesgo.

Esto es muy importante, en la medida en que me encuentro con unos padres que declinan su lugar, que se ubican como impotentes, como “fracasados” frente al embate de R., y entra en desbordes violentos, intentando que el otro cobre vida.

El padre le ofrece una cárcel-hogar, con una fantasía de protegerlo de los embates del mundo, funciona como lugares de encierro endogámico, dejando a R. a merced de sus propias pulsiones, sin tenerlo como otros con los que intercambiar deseos eróticos y hostiles, traslada a la pareja actual del padre un profundo rechazo.

Dedicación

Al inicio del proceso estoy con él, interesada en conocerle y acompañándole en sus esfuerzos; sus miedos declinan. Desde el comienzo entramos en un período del proceso repleto de relatos, que él vive y cuenta como gestas, con los cuales siento que R. quiere impresionarme.

Proceso...camino terapéutico:

Iniciada la terapia, observo a R. atrapado en un mundo terrorífico, a la vez que presenta áreas de personalidad

liberadas que le permiten establecer una relación de confianza conmigo.

Durante su primer año de tratamiento mostraba una intensa dispersión y confusión. La confusión impide en el interior del psiquismo el trabajo del pensar. Había que crear las condiciones de pensamiento.

Transgresivo ...la fatalidad lo gobierna

Describía su vida cotidiana en las sesiones, que llegaba al establecimiento del instituto escolar fumando un cigarrillo de marihuana, a la vista de sus “colegas” y profesores, en actitud ostentosa.

Él relata situaciones en las que ha consumido diferentes tipos de drogas, así como actitudes violentas, estallidos descontrolados, desde la clase. Diciéndome que consume cocaína, falta con frecuencia al Instituto y no puede estudiar.

Por fin hay madre:

En una entrevista, que por fin tengo con la madre a solas me llama la atención el sentimiento de desconfianza. Siendo natural que los padres se interesen por la persona a la que confiarán a su hijo, a la madre de R. le invadió una angustia y desconfianza infrecuentes en el momento de venir a verme. Necesité hacer preguntas del tipo: ¿Qué le meterá usted en la cabeza a R.? ¿Qué le dirá? ¿Usted le influenciará? ¿Cómo? ¿Le dañará? ¿Lo pondrá en contra de mí?

En un primer momento, me centré en resolver con ella sus temores, que fueron adquiriendo sentido durante el proceso de R.

Y luego dijo: “En verdad, era el hombre de la casa. Es mucho más fuerte que el hermano que le llama “gallinita” porque éste ha hecho una elección de pareja homosexual. Siempre nos peleamos mucho pero yo siento que es el único que puede.”

Cuando fue a adoptarlo le pareció un “angelito negro”...si le llegó al alma al verlo estaba muy enfermo, ella es enfermera y lo rescató de la miseria y de la muerte segura. Su única salida que le dio Dios para sobrevivir fue dejarlo en sus manos. Le dieron el bautismo pronto porque podría haber muerto, y estaría en el limbo, lo rescató del diablo. Bueno en ese momento, ahora está en manos de ese diablo, comenta.

Pienso después de la entrevista con la madre en el relato de los orígenes míticos de R. La madre fue a rescatarlo de las fuerzas diabólicas para las fuerzas divinas.

Sesiones siguientes: “Los pájaros del mismo plumaje forman bandadas”. Son sus grupo de colegas y las drogas....dice son mi refugio.

A la vez, R. sigue quejándose de no haber sido escuchado durante su niñez y, sobre todo, de la ausencia del padre como contenedor de sus crisis “Es un pringado”.

Se podría pensar que hay en el consumo de drogas, un modo de tapar sufrimientos muy intensos con ambos padres.

Y R., trae un recuerdo que relata situaciones infantiles en las que se olvidaron se él en una estación de trenes, y que lloraba desbordado y quedaba solo en sus ataques de angustia, en estados de terror insoportables.

En esos momentos vimos como las drogas aparecen siendo un calmante para el dolor, el modo de evitar el sufrimiento, de olvidar.

En la consulta queda sobrepasado por cantidades: escenas de terror sin nombre.

En algunas sesiones, la angustia lo desbordaba, más bien yo tendía a realizar intervenciones que apuntaban a que pensara por qué tendría esa fuerte necesidad de que pensara por él y guiara sus actos.

Segundo año de análisis

Fantasma de un objeto absoluto como destrucción vengadora

Llega un día a la sesión durante el segundo año de análisis, y comienza diciendo que tuvo un sueño, el primer sueño en este tratamiento:

Todo era muy blanco como si fuera neblina, pero insiste que de color blanco, siente que si camina en la neblina desaparecerá. Luego se oscurece todo o se vuelve demasiado negro y aparece un águila rapiña.

Asoció inmediatamente que el fin de semana estuvo con sus abuelos paternos, que hablaron de que su madre era más mala que una víbora y luego dijo: “*empecé a sentir un sentimiento extraño, de mareo, y frente al espejo veía desde lejos a esa persona (la del espejo) y luego a la tarde no sabía quién era*”.

Le señalo que si puede decir algo sobre el blanco y el negro. Y dice: *Yo soy negro*, (primera vez que lo enuncia en palabras).

Mi interpretación estuvo relacionada con sus dificultades en el proceso de separarse, de sus padres de tez blanca y él de tez negra y que probablemente, tenía sentimientos que se despertaban en él confundiendo.

Me inclino a pensar que en este sueño se aprecia su

grado de confusión, relacionado con la separación del objeto materno, arcaico.

Luego de dos años de tratamiento, en una sesión comenta que descubrió, para su sorpresa entonces, un juguete de él cuando era un bebé, era una marioneta, *no era una pistola!!* exclama.

Despertó en él gran curiosidad y dio para elaborar varias representaciones en el espacio analítico.

R. me había comentado que era lo único que le quedaba de recuerdo y ya a partir de ahí contó vivencias que lo ligaban a sus abuelos maternos que habían muerto cuando él tenía 9 años. Poco a poco, esas huellas fueron ligándose hasta transformarse en cadenas de representaciones que iban conformando su recuerdo.

Seis meses después el segundo sueño:

A su regreso de las vacaciones, luego de expresar por primera vez que había echado de menos a la analista y que se había sentido perdido, pasó a quejarse diciendo:

Luego de un largo silencio, recordó que su padre le contó este verano que en la época de las papillas lloraba todo el tiempo, *“lloraba de hambre, desesperado, porque no me alimentaban”*, expresó; al tiempo que se movía caminando en la consulta mostrándose muy angustiado.

Continuó diciendo: que había tenido un sueño, *“Estaba en una selva y había una madre con un niño en brazos, y muchos otros niños a su alrededor, la madre deslumbraba”*.

Comenta que cree que este sueño es un presagio y que él tiene que volver a buscar a su madre de verdad con sus hermanos. R., comienza a indagar sobre sus orígenes, transforma sus creencias en relación al objeto primordial de ser en el mundo.

Me pregunto con respecto a R., que si las primeras inscripciones son fundamentalmente sensoriales, corporales, Inscripciones sensoriales, ligadas al placer o al displacer, significadas o no, traducibles o no.

Y también otro tipo de inscripciones, aquellas que remiten a un vacío en relación a sus orígenes, a la irrupción de lo no dicho, a la marca de lo que rompe las tramas.

Por otra parte, sabemos que el modo en que estas marcas se articulen está determinado por una transmisión que hace la madre adoptante de los orígenes de R. que permite un marco en el que las escenas se reorganicen.

Marcas que en el fragor de los cambios puberales de R., que se derivan en actuaciones, adicciones, pura descarga de lo no tramitado o, también, en inhibiciones y prohibiciones.

En R., se esperan movimientos transformadores... A medida de que iba transcurriendo el proceso terapéutico, los intentos destructivos de R. iban cediendo. La ligazón de su historia a través de las sesiones funcionó a la manera de una red de representaciones, que le permitió a R. comenzar a reparar y elaborar experiencias traumáticas tempranas. La historia en las imágenes con los sueños que él iba relatando, que íbamos compartiendo en sesión, funcionó a la manera de un lazo afectivo que permitió tejer una malla de neo-relaciones entre su yo y sus objetos internos.

Esto se consigue en R., con la elaboración a través del conflicto, necesidad de conjugar la voluntad integradora del análisis de una realidad siempre compleja, evitando demonizaciones así como su opuesto la angelización: cruce fructífero en R. para conjugar la necesidad de crecer, acompañada del placer de pensar, de interrogarse de analizar-se.

A MODO DE EPÍLOGO

En la psicoterapia con niños y adolescentes adoptados se hace patente la necesidad de construcción de un relato que facilite la historización que permita al joven paciente ligar el elemento traumático de sus orígenes. Para ello consideramos recursos terapéuticos que actúan a modo de retos creativos ampliando el campo de la técnica.

Además, como muestra la clínica desde la vertiente de lo intergeneracional, la ausencia de este elemento, podría obligar a asumir sobre sí la sombra de un fantasma, repetición de lo no elaborado en la historia parental y/o en la trama fantasmática familiar, imponiendo a las funciones de parentalidad adoptiva tener que integrar inconscientemente la identidad del intruso temido (aquella pareja biológica).

Esa presencia fantasmática intrusiva que se desearía expulsar: el retorno reprimido de los orígenes, que debe ser recreado en la propuesta de psicoterapia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ansermet, F. (2014). *Cuando la ciencia supera la realidad*. Madrid: APM Trabajos psicoanalíticos.
- Bauman, Z. (1999). *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. y Bordoni, C. (2016). *Estado de crisis*. Barcelona: Paidós.
- Bick, E. (1968). La experiencia de la piel en las relaciones de objeto tempranas. *International Journal of Psychoanalysis*, XLIX, 2-3.
- Bleichmar, S. (1984). *En los orígenes del sujeto psíquico*.

- Buenos Aires: Amorrortu.
- Cadoret, A. (2003). *Padres como los demás. Homosexualidad y parentesco*. Barcelona: Gedisa.
- Ferenczi, S. (1928). *Psicoanálisis*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Ferenczi, S. (1933). *Confusión de lenguas entre los adultos y el niño*. En *Psicoanálisis Tomo IV*. Madrid: Espasa Calpe.
- Gloer Fiorine, L. (2001). *Lo femenino y el pensamiento complejo*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Lipovetsky, G. (2007). *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona: Anagrama.
- Rius, M., Beà, N., Ontiveros, C., Ruiz, M. J. y Torras, E. (2011). *Adopción e identidades*. Barcelona: Octaedro.
- Tubert, S. (1998). *Mujeres sin sombra: maternidad y tecnología*. Madrid: Siglo XXI
- Roudinesco, E. (2003). *La familia en desorden*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Seligman, M. (2002). *La auténtica felicidad*. Barcelona: Ediciones B
- Ungar, V. (2016). *De la función materna/paterna a la parentalidad*. APM: III encuentro de Psicoanalistas en Lengua Castellana